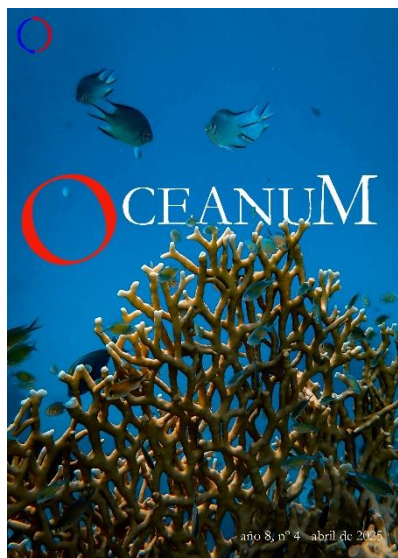


CEANUM

año 8, n° 4 abril de 2025



ISSN 2605-4094

OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 8, nº 4

Abril de 2025

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Osvaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciontextosam@outlook.com

Página web:

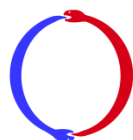
www.revistaoceanum.com

Sara@revistaoceanum.com

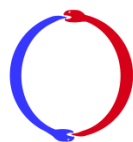
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com



6	La galera		
	Entrevista a Sergio Mira Jordán	Ginés J. Vera	6
	<i>Ceniza en la boca</i> , Brenda Navarro	Pravia Arango	10
	De agitadores y polemistas en la literatura: siempre provocando	Pilar Úcar	13
	El perdón	Goyo	18
21	Dentro de una botella		
	Epicteto: un día más en el paraíso	Diego García Paz	21
25	Estelas en la mar		
	Con el poeta Jon Juaristi	Encarnación Sánchez	25
28	¡Avante toda!		
	Visitando el taller de encuadernación RE_CREA_TE	Pravia Arango	28
31	¡Tierra a la vista!		
	De los rebaños a los campos: el pastoreo en el este de al-Ándalus durante el siglo XI	Abdo Tounsi	31
36	L'imperceptible écume		
	Irina Moga	Miguel Ángel Real	36
43	Outros mares		
	Algunha vez	Augusto Guedes	43
45	¡Motín a bordo!		
	Demasiado ayer	Gabriela Quintana	45
49	Espuma de mar		
	Premios y concursos literarios		50
	Con un toque literario	Goyo	55
	Noticias breves		57



61 Gran Sol

<i>Historia de la nación Chichimeca (fragmento)</i>	Fernando de Alva Cortés Ixtilxóchitl	61
---	---	----

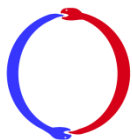
85 Nuevos horizontes

Los cómplices	Oswaldo Beker	86
Pipo	Ginés J. Vera	93
La fotografía familiar (VIII)	Encarnación Sánchez	97
Mister Hyde	Isaías Covarrubias Marquina	102
Diario, déjame proseguir	Miguel Quintana	107

132 Créditos de fotografía e ilustración



De agitadores y polemistas en la
literatura: siempre provocando



Pilar Úcar Ventura

ideológicos de una sociedad que asiste espantada a sus consejos (o consejas en terminología de su época). Entre animales andaba el juego, padres mal avenidos con sus hijos, maridos que amenazan a sus esposas con molerlas a palos, muchedumbres iletradas... se pueden oír las risotadas que seguramente le provocaban los cuentos que escribía, a los que añadía la sabia moraleja, por si el lector del momento no se había enterado de la enjundia.

Un auténtico polemista. Habría que revisar la validez y la vigencia de su obra desde el punto de vista conceptual y estilístico y hoy desde luego, tal vez aparecieran en la pira de la plaza mayor ardiendo.

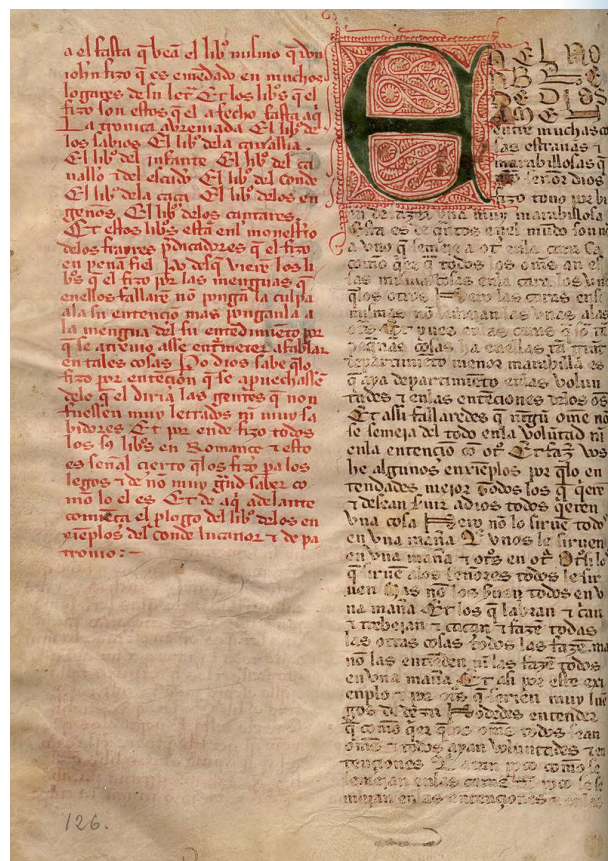


De azuzar el avispero sabe mucho la literatura. Ha habido polemistas de todo pelo y pelaje, razas y condición, sin temor ni rubor.

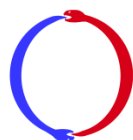
Y no se trata de los tiempos actuales solamente, ya existía el deseo congénito o adquirido, y no pocos escarceos que se pierden en la noche de los tiempos: la provocación está en la misma raíz humana. Hay quien la usa para manipular voluntades o quizá para enseñar buenas costumbres y hasta modales...

A mí don Juan Manuel, el autor de ese *Conde Lucanor*, siempre me pareció turbio, resabiado y malhumorado.

A buen recaudo, bajo la capichuela de la didáctica y del adoctrinamiento, dejó una compilación de cuentos que, lejos de ser ejemplares, hoy hacen temblar los cimientos sociales e



“En tanto que de rosa y azucena”, soneto archiconocido del ínclito renacentista Garcilaso de la Vega, un bigardo digno de admiración, que tanto guerreaba entre las sábanas cortesanas como en el campo de batalla, sin casco, nos pone frente a la delicadeza implícita, que tiene



el poeta para escribirle una carta de amor, ¿solapado? a Isabel Freire, por la que bebía los vientos y cuyo romance era motivo de dimes y diretes. Agitada debía de andar la nobleza por su indiscreción, matrimoniado como él estaba. Su muerte de una pedrada ante el asalto del castillo Le Muy, causaría conmoción y descanso, a partes iguales a las implicadas. Pero ya se sabe que por aquel entonces: *carpe diem*, que el tiempo vuela y a lo hecho, pecho.



Hablando de sacramentos, Fray Luis de León rindió un homenaje al del matrimonio: una alianza indisoluble, lo que ha unido Dios que no lo separe el hombre (en genérico, claro) y con su manual de *La perfecta casada*, asistimos de nuevo a los consejos sacerdotales y bíblicos del comportamiento recto esperable de la buena y perfecta esposa.

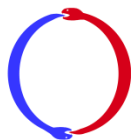
Resulta fácil imaginar las ronchas epidérmicas y mentales que levantó este catecismo dirigido al buen proceder de uno de los dos contrayentes; del otro, en la sombra, mejor no hablar; se trataba de que la mujer no se desmadrara, ni le

diera por escribir, por ejemplo, ni tan siquiera por pensar, y mucho menos por expresar de forma solemne o comedida lo que le pasaba por el magín. Pero mandaba el andamiaje del Siglo de Oro, con poco dorado (ni tan siquiera el mítico allende los mares) y sí mucho oropel, la apariencia (*vanitas vanitatis*) se erigía en batuta de actitud y la mujer del César no solo tenía que ser honrada sino también parecerlo.

Con su hábito de agustino, él sí podía hablar, muy del gusto de entonces, de los astros, del sol y de la luna, de pájaros y flores y de mujeres, casadas católicamente. El espíritu de la Contrarreforma extendía sus alas.



Entre cuentos medievales, versos y doctrinas, se abre paso un jesuita —¿la vestimenta clerical hace al monje?— Baltasar Gracián, con un libro de “autoayuda” que puso nervioso a más de uno, *El criticón* que no dejaba títere con cabeza envuelto en el subterfugio de una creación ficcionada, de una novela rara, de robinsones en una isla... Aprovecha que el Pisuerga pasa por Valladolid y, a modo de repaso en busca de la felicidad terrenal, atiza mandoble a diestro y siniestro a las cortes europeas hasta que llega a la suya, a la nuestra, a ese imperio donde no hay

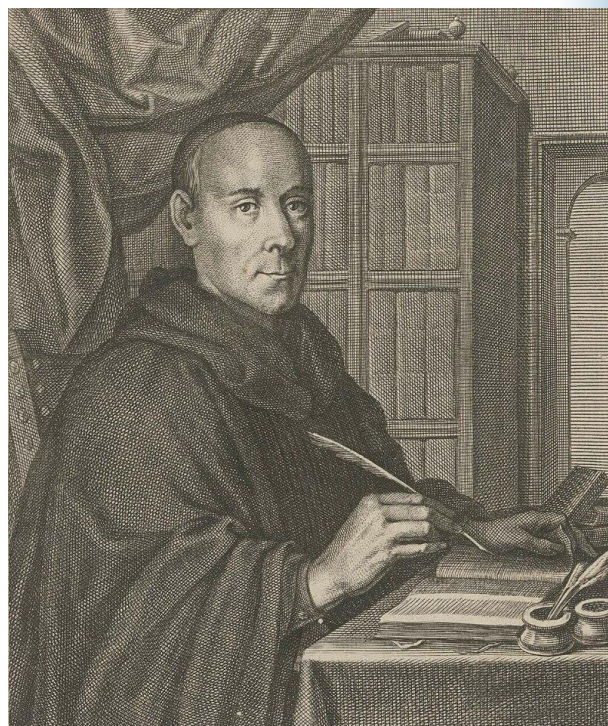


sol que se oponga, ni nadie que levante la voz a unos reyes sin átomo de autocrítica y a una patulea de aduladores que sueltan sirope por miedo a desmerecer prebendas. Hablar de mudez y ceguera en las páginas de ese prospecto literario y luego contemplarse en el espejo de la realidad, supuso a los prebostes del momento un pellizco en el estómago que obviaron, porque nada cambió, más allá de que alguien, el autor, resguardado por favores religiosos, pudiera polemizar sin que la sangre llegara al río.



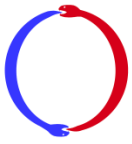
El benedictino Benito Feijoo (sin tilde nos advierte la Academia) con su poligrafía ensayística, se encargó de poner pies y patas a una población —asilvestrada, ágrafa e inculta— que él despreciaba desde su altura afrancesada, y de ahí que provocara con sus discursos, al modo de las hojas parroquiales, o con su título más reconocible *Teatro crítico universal* discusiones y debates, que tanto se llevaban en los salones aristocráticos del neoclasicismo. Inquietaba conciencias y perturbaba el sueño de quienes vivían adormecidos, o sin más, dejaban a la vida pasar; ya sabemos que, en el *siglo de las luces*, la razón domina y los sentimientos se disimulan, mucho equilibrio y gran contención.

Pero la polémica estaba servida: había que des- terrar de un plumazo la gazmoñería mezclada con las supersticiones que invadía el panorama social y cultural de España. Solo se cree lo que ven nuestros propios ojos; verdades demostrables con rigor empírico y nada de improvisaciones ni imaginación. Consiguió éxito desigual, fama relativa y aplauso de algunos poderes fácticos, aunque hoy se discute su completo valor literario.



Y con él llegó el escándalo. No podía ser de otro modo. Muchos son quienes visitan el Museo Romántico de Madrid para ver la pistola —algunos creen que fue un pistolón de gran “voltaje”— de bolsillo con la que Mariano José de Larra se suicidó.

Antes de este final, se quedó tranquilo sermoneando, enseñando, vituperando, atacando los vicios y defectos que él consideraba venían de serie en la propia esencia de los españoles: la pereza y la desidia, el analfabetismo, el desinterés, la molicie, la picaresca... Afrancesado de manual, viajero por la Europa “civilizada”, no duda en consignar por escrito sus vivencias, experimentadas en sus propias carnes, gracias a la



perspectiva que le concede el género epistolar en sus *Cartas marruecas* o en los artículos periodísticos —hoy sería un tertuliano televisivo, duro y acerado, chulesco y presuntuoso— por los que cobraba sus buenos reales.

Inefable aquel “Vuelva usted mañana” que dejaba boquiabiertos a propios y extraños con una sonrisa mal dibujada en la faz, viniendo de un español que se consideraba extranjero hasta su último hálito.

El desprecio de Dolores Armijo, amante del escritor, lo dejó exangüe. Y se acabó la provocación.

